

Jerusalén, 5-2-1976

Dr. Alexander A. Gideon  
Departamento de Ciencias Políticas  
Midwest University  
Chicago, Illinois (EE UU)

Querido Alec:

Que no hayas destruido esta carta al reconocer mi letra en el sobre prueba que la curiosidad es más poderosa que el odio. O que tu odio necesita carne fresca.

Ahora empalideces mientras aprietas tu mandíbula de lobo con esa forma tan tuya de hacer desaparecer los labios, y te lanzas como un rayo sobre estas líneas para descubrir qué es lo que quiero de ti, qué me atrevo a pedirte tras siete años de silencio total entre nosotros.

Lo que quiero es que sepas que Boaz está mal. Y que es urgente que le ayudes. Mi marido y yo no podemos hacer nada, porque Boaz ha roto todo contacto. Como tú.

Ahora puedes dejar de leer esta carta y arrojarla directamente al fuego. (Por alguna razón siempre te imagino en una larga habitación llena de libros, sentado en silencio a una mesa de despacho negra, frente a una ventana tras la cual se extienden llanos cubiertos de nieve. Llanos sin colina ni árboles, árida nieve cegadora. Un crepitante fuego en la

chimenea, a tu izquierda, y un vaso y una botella vacíos en el escritorio que tienes delante. La escena es siempre en blanco y negro. Tú también: monacal, ascético, arrogante, en blanco y negro de pies a cabeza.)

En este momento estrujas la carta, murmurando como lo haría un británico, y la lanzas con puntería al fuego: a ti qué te importa Boaz. Y, en cualquier caso, no te crees una sola palabra de lo que digo. Aquí fijas tus ojos de color gris en el ondulante fuego y te dices: Intenta jugarme una mala pasada de nuevo. Esta hembra no se da nunca por vencida ni deja las cosas en paz.

Entonces, ¿por qué te escribo?

Por desesperación, Alec. En asuntos de desesperación eres verdaderamente una autoridad mundial. (Sí, claro que he leído –como todo el mundo– tu libro *La violencia desesperada: un estudio comparado del fanatismo*.) Pero ahora no me refiero a tu libro sino a la sustancia que modela tu alma: la helada desesperación. Desesperación glacial.

¿Aún estás leyendo? ¿Alimentando tu odio hacia nosotros? ¿Paladeando a pequeños sorbos el deleite por las desgracias ajenas como si fuera un whisky caro? Si es así, será mejor que deje de meterme contigo y me concentre en Boaz.

La verdad es que no tengo ni la menor idea de cuánto sabes. No me sorprendería lo más mínimo que estuvieras al corriente de cada detalle, porque le diste instrucciones a tu abogado, Zakheim, de que te enviara cada mes un informe sobre nuestras vidas, con lo que nos has tenido controlados durante todos estos años. Por otra parte, no me asombraría descubrir que no sabes nada en absoluto: ni que me he casado con un hombre que se llama Michael Sommo, ni que he tenido una hija, ni qué ha sido de Boaz. Sería muy propio de ti volvernros la espalda con un gesto brutal y sacarnos de una vez por todas de tu nueva vida.

Después de que nos echaras a patadas, cogí a Boaz y nos fuimos a vivir con mi hermana y su marido en su *kibbutz*. (No teníamos ningún otro lugar adonde ir, ni dinero tampoco.) Viví allí durante seis meses y luego volví a Jerusalén.

Trabajé en una librería. Mientras tanto, Boaz se quedó en el *kibbutz* durante cinco años, hasta que cumplió los trece.

Yo iba a verlo cada tres semanas, hasta que me casé con Michel, y desde entonces el chico me llama zorra. Como tú. No ha venido a vernos ni una sola vez a Jerusalén, y cuando le llamamos para contarle el nacimiento de nuestra hija Madeleine Yifat, nos colgó violentamente.

Hace dos años se presentó de repente una noche de invierno a la una de la madrugada para comunicarme que había terminado con el *kibbutz*: o yo le enviaba a una escuela de agricultura, o se marcharía y «viviría en la calle», y eso sería lo último que sabría de él.

Mi marido se despertó y le dijo que se quitara la ropa mojada, comiera algo, tomara un buen baño y se acostara, y al día siguiente por la mañana hablaríamos. Y el muchacho (incluso entonces, con trece años y medio, era bastante más alto y corpulento que Michel) replicó, como si aplastara un insecto bajo su pie: «¿Y tú quién te crees que eres? ¿Quién te está pidiendo tu opinión?». Michel, sonriendo, contestó: «Te sugiero, amiguito, que salgas afuera, te calmes, cambies el disco, vuelvas a llamar y entres de nuevo, y esta vez intenta actuar como un ser humano y no como un gorila».

Boaz se volvió hacia la puerta, pero me interpuse entre él y el umbral. Yo sabía que a mí no iba a tocarme. La niña se despertó y empezó a llorar, y Michel fue a cambiarle los pañales y a calentarle un poco de leche en la cocina. Le dije: «De acuerdo, Boaz. Puedes ir a una escuela de agricultura si es eso lo que realmente deseas». Michel, de pie en calzoncillos con la niña, callada ahora, en brazos, añadió: «A condición de que te disculpes con tu madre, se lo pidas correctamente y le des las gracias. Porque no eres un animal, ¿no?». Y Boaz, con la faz contraída por ese odio desesperado y el desprecio que ha heredado de ti, me siseó: «¿Y tú permites que esa escoria te folle todas las noches?»; al instante extendió la mano, me tocó el cabello y dijo, con una voz diferente que me encoge el corazón al recordarla: «Pero tienes una niña muy bonita».

Luego (gracias a la mediación del hermano de Michel) conseguimos que Boaz entrara en la Escuela de Agricultura Telamin. Eso fue hace dos años, a principios de 1974, no mucho después de la guerra para la que tú –según tengo entendido– volviste de Estados Unidos y en la que tomaste parte como comandante de un batallón de carros de combate en el Sinaí, antes de salir corriendo otra vez. Incluso accedimos a su petición de no ir a visitarle. Pagábamos los recibos y callábamos. Es decir, los pagaba Michel. Ni siquiera Michel, para ser exactos.

Durante estos dos años no recibimos ni una simple postal de Boaz. Sólo avisos alarmantes de la jefa de estudios: el muchacho es violento; se ha visto envuelto en una pelea y le ha abierto la cabeza al vigilante nocturno; desaparece por la noche; se le ha abierto expediente policial; se le ha concedido la libertad condicional; tendrá que dejar la escuela; es un monstruo.

¿Y qué recuerdas tú, Alec? Lo último que viste fue un crío de ocho años, resuelto, delgado y larguirucho como una espiga de trigo, capaz de permanecer de pie en silencio durante horas en un taburete, apoyado en tu escritorio, concentrado, construyendo para ti aviones de madera de balsa sacados de los folletos de bricolaje que tú le llevabas: un niño cuidadoso, disciplinado, casi tímido, pese a que ya entonces, a los ocho años, era capaz de superar la humillación con una determinación silenciosa y controlada. Y, entretanto, como una bomba de relojería genética, Boaz ya ha llegado a los dieciséis años y al metro noventa, y sigue creciendo, y se ha convertido en un chico amargado, arisco, al que el odio y la soledad le han infundido una asombrosa fuerza física. Y esta mañana ha sucedido finalmente lo que temía desde hace tiempo: una llamada telefónica urgente. Han decidido expulsarle del internado por agredir a una profesora. Me ahorraron los detalles.

Bien, me puse en marcha enseguida hacia allá, pero Boaz se negó a verme. Se limitó a hacer que me dijeran que «no tenía nada que ver con esa zorra». ¿Se refería a la profesora

o a mí? No lo sé. Resultó que no la había «agredido» exactamente: él había hecho un comentario morboso, ella le había cruzado la cara con una bofetada, y él le había devuelto dos al instante. Les rogué que pospusieran la expulsión hasta que encontrara una alternativa. Se apiadaron de mí y me concedieron una quincena.

Michel dice que, si yo quiero, Boaz puede quedarse en casa (pese a que la niña y nosotros vivimos en una habitación y media, de la que aún estamos pagando la hipoteca). Pero sabes tan bien como yo que Boaz no estará de acuerdo. El chico me aborrece. Y a ti. Así que, después de todo, tú y yo tenemos algo en común. Lo siento.

No existe la menor posibilidad de que lo admitan en otra escuela especializada, con su expediente policial y las referencias negativas del director del instituto. Te escribo porque no sé qué hacer. Te escribo aunque no vayas a leer esto, y, si lo haces, no contestarás. A lo sumo indicarás a tu abogado, Zakheim, que me envíe una carta formal, donde corroborará que su cliente sigue negando la paternidad, que el resultado de la prueba de sangre fue ambiguo, y que fui yo quien, en su momento, se opuso con denuedo a una prueba de tejidos. Jaque mate.

Sí, y el divorcio te eximió de toda esa responsabilidad hacia Boaz y de toda obligación hacia mí. Todo eso me lo sé de memoria, Alec. No me queda ni un resquicio de esperanza. Te escribo como si estuviera ante la ventana hablando a las montañas, o a la oscuridad que media entre las estrellas. La desesperación es tu terreno. Si lo deseas puedes utilizarme como ejemplo.

¿Todavía estás sediento de venganza? Si es así, aquí me tienes poniendo la otra mejilla. La mía y la de Boaz. Adelante, pega todo lo fuerte que puedas.

Sí, voy a enviarte esta carta, aunque en este instante estoy dejando la pluma con la intención de renunciar: después de todo, no tengo nada que perder. Se me han cerrado todos los caminos. Tienes que darte cuenta de esto: aunque el oficial que supervisa la libertad condicional o el asistente social

consigan persuadir a Boaz de que acepte algún tipo de tratamiento, rehabilitación, ayuda o traslado a otra escuela (y no creo que tuvieran éxito), yo no tengo el dinero para pagarlo.

En cambio, a ti te sobra, Alec.

Y yo carezco de influencias, mientras que tú puedes arreglar cualquier cosa con un par de llamadas. Eres fuerte y listo. O al menos lo eras hace siete años. (Me han dicho que has sufrido dos operaciones. No supieron decirme de qué.) Espero que ahora ya estés bien. No voy a decir nada más para que no me acuses de hipocresía, de adulación, de pelotilleo. Y no voy a negarlo, Alec: estoy dispuesta a hacerte la pelota todo lo que tú quieras... Haré lo que me pidas. Y me refiero a todo. Siempre y cuando rescates a tu hijo.

Si yo tuviera algo de cerebro tacharía «tu hijo» y escribiría «Boaz», para no enfurecerte. Pero ¿cómo puedo tachar la pura verdad? Tú eres su padre. Y por lo que respecta a mi cerebro, ¿no llegaste hace ya mucho tiempo a la conclusión de que soy una completa idiota?

Te haré una oferta. Estoy dispuesta a admitir por escrito, ante notario si lo prefieres, que Boaz es hijo de quien tú quieras que yo diga. Mi autoestima la asesinaron hace ya tiempo. Firmaré cualquier pedazo de papel que tu abogado ponga delante de mí, si como contrapartida accedes a proporcionar a Boaz los primeros auxilios. Llamémosle asistencia humanitaria. O un acto de amabilidad hacia un niño completamente extraño.

Es verdad, cuando dejo de escribir y conjuro su imagen, me atengo a esas palabras: Boaz *es* un niño extraño. No, un niño no: un hombre extraño. Me llama zorra y te llama perro. A Michel, «el chulo». Se hace llamar (incluso en documentos oficiales) por mi nombre de soltera (Boaz Brandstetter), y llama la Isla del Diablo a la escuela donde él nos pidió que le lleváramos y para lo cual tuvimos que mover tantos hilos.

Ahora voy a decirte algo que puedes usar contra mí. Mis suegros nos envían desde París algún dinero cada mes para que él pueda permanecer en ese internado, aunque nunca lo

hayan visto, y él probablemente no sepa ni que existen. No son ricos en absoluto (son inmigrantes de Argelia) y, además de Michel, tienen otros cinco hijos y ocho nietos, entre Francia e Israel.

Escúchame, Alec. No voy a escribir una palabra sobre lo que ocurrió en el pasado. A excepción de una cosa, algo que no olvidaré nunca, aunque tú puedas preguntarte cómo demonios lo sé. Dos meses antes de nuestro divorcio, Boaz ingresó en la unidad de nefrología del Hospital Shaarei Zedek por una infección en el riñón. Y hubo complicaciones. Sin que yo lo supiera, fuiste a hablar con el profesor Blumenthal para enterarte de si, llegado el caso, un adulto podría donar un riñón a un niño de ocho años. Estabas pensando en darle uno de tus riñones, aunque con una sola condición: que ni el niño ni yo lo supiéramos nunca. Y no lo supe, hasta que trabé amistad con el doctor Adorno, el ayudante de Blumenthal, el joven doctor al que quisiste demandar por negligencia en el tratamiento de Boaz.

Si todavía estás leyendo, es probable que te hayas puesto aún más pálido, mientras aferras el encendedor con un gesto brusco de violencia reprimida para encenderte una pipa que no está ahí, y te dices una y otra vez: «Por supuesto, el doctor Adorno: quién si no». Y éste es el momento en que destruyes la carta, si es que todavía no lo has hecho. Y a mí y a Boaz con ella.

Boaz se recuperó y tú nos echaste a patadas de tu mansión, de tu nombre y de tu vida. No donaste ningún riñón, pero estoy convencida de que lo querías hacer de verdad. Porque todo lo que haces es en serio. Eso puedo garantizarlo: eres serio para todo.

¿De nuevo halagándote? Si quieres, me declaro culpable. De halagar. De hacer la pelota. De arrodillarme ante ti y golpearme la frente contra el suelo. Como en los viejos tiempos.

En el fondo, no tengo nada que perder y no me importa mendigar. Haré lo que ordenes. Pero no tardes demasiado, pues dentro de quince días lo echan a la calle. Y la calle está ahí, esperándole.

Después de todo, no hay nada que no puedas conseguir. Suelta a ese monstruoso abogado tuyo. Tal vez sólo con una recomendación lo admitan en la escuela naval. (Boaz siente una extraña atracción por el mar, la ha tenido desde niño. ¿Te acuerdas, Alec, de Ashkelon, en el verano de la guerra de los Seis Días? ¿Los remolinos? ¿Aquellos pescadores? ¿La balsa?)

Sólo una cosa más antes de sellar esta carta dentro del sobre: me acostaré contigo, si quieres. Cuando quieras y como quieras. (Mi marido sabe de esta carta e incluso está de acuerdo en que debo escribirla, excepto la última frase. Así que si quieres destruirme sólo tienes que fotocopiar la carta, subrayar la última frase con lápiz rojo y enviársela a mi esposo. Funcionará a las mil maravillas. Lo admito: mentía al decirte antes que no tenía nada que perder.)

De modo que, Alec, ahora estamos completamente a tu merced. Incluso mi hijita. Y puedes hacer con nosotros lo que gustes.

Ilana (Sommo)

*Londres, 18-2-1976*

Sra. Halina Brandstetter-Sommo  
Tarnaz, 7  
Jerusalén (Israel)

URGENTE

Querida señora:

Su carta del 5 del corriente me fue remitida tan sólo ayer desde Estados Unidos. Me referiré únicamente a una pequeña parte de los temas que usted trata en ella.

Esta mañana he hablado por teléfono con un conocido mío en Israel. A raíz de esta conversación, la jefa de estudios



de la escuela de su hijo me telefoneó por iniciativa propia. Convinimos en cancelar la orden de expulsión, y su expediente simplemente contendrá un aviso. Si pese a todo su hijo prefiere –como parece apuntarse vagamente en su carta– trasladarse a una academia militar, tengo razones fundadas para creer que eso puede arreglarse (a través de mi abogado, el señor Zakheim). El señor Zakheim le hará llegar un cheque por la suma de dos mil dólares (en libras israelíes y a nombre de su esposo). Se le pedirá a su esposo acuse de recibo de esta suma como regalo a ustedes en atención a sus privaciones, y bajo ningún concepto como precedente o admisión de obligación alguna por nuestra parte. Se le exigirá igualmente a su esposo la garantía de que usted no realizará nuevas peticiones en el futuro (espero que su indigente y hartos extensa familia de París no esté pensando en seguir su ejemplo y solicitarme favores pecuniarios). El restante contenido de su carta, incluyendo las burdas mentiras, las burdas contradicciones y la grosería simple y vulgar –o de burdel–, lo dejaré en silencio.

[Firmado] A. A. Gideon

*P. S.:* Conservo su carta.

*Jerusalén, 27-2-1976*

Dr. Alexander A. Gideon  
London School of Economics  
Londres (Inglaterra)

Querido Alec:

Como sabrás, la semana pasada firmamos los documentos y recibimos el dinero de tu abogado. Pero ahora Boaz ha dejado la escuela y lleva varios días trabajando en el mercado central de Tel Aviv con un mayorista de verduras que